

que un habitante: el que en la torre de la iglesia volteaba á badojo perdido la campana y el esquilon, y como el pobre estaba solo, rendíase, y habia largos espacios en que las lenguas de bronce no se unian al entusiasmo general.

VIII.

Desesperábanse con estas cortaduras de campaneó el rico hombre, el alcalde, el cura, y sobre todo el sacristán, que hasta cierto punto era el responsable de aquel mal servicio de las campanas, por no haber dejado, en vez de un hombre solo, dos ó tres, y aunque esto hubiera sido fácil de remediar, y tan sencillo el remedio, no se les ocurrió tomarlo, por mas que habian dado en el ítem de la falta.

Así sucede muchas veces que se dejan sin remedio las cosas mas remediabiles del mundo, á causa de un absurdo.

Y seguia el pueblo de Velilla de Valderaduey anda que anda por el camino, alargando el pescuezo á ver si veian algo, y sin ver mas que correa y mas correa, como llaman los soldados á las carreteras.

Consistia esto en que los hombres que habian salido del pueblo, encargados de dar la señal de la aproximacion de la infanta con humaredas, se habian dado tal prisa á cumplir su comision, que se habian adelantado mas de legua y media antes de encontrar á doña Juana, ó mas bien de verla á lo lejos, habiendo dejado en las eminencias un hombre encargado de repetir la señal.

Se habia establecido, pues, una pequeña línea telegráfica, porque entonces habia telégrafos: estos telégrafos eran las torres de atalaya, sembradas por todo el país de cumbre en cumbre, estas torres hacian la señal, de día con humaredas, de noche con llamaradas, y habia hasta cierto punto señales que consistian en que las llamaradas ó humaredas, se repitiesen mas ó menos con tales ó cuales intervalos, significando tal ó cual cosa convenida.

En la distancia de Velilla de Valderaduey, al lugar á que habian llegado los que habian recibido el aviso de la llegada de la infanta, no habia ninguna torre de atalaya, así es que ellos suplieron esta falta, dejando como hemos dicho, hombres en las eminencias, que se prepararon haciendo montones de leña seca, mezclada con leña verde, para producir un humo espeso.

IX.

En cuanto los mas avanzados vieron á lo lejos la nube de polvo que levantaban doña Juana y su comitiva, marchando por el camino reseco por el verano, se detuvieron, hicieron su humareda, repitiéndola las otras atalayas, y diez minutos despues, empezaba en Velilla de Valderaduey el campaneó.

Salían los vecinos, y andaban y andaban sin ver nada mas que la humareda que se repetia, como que la Palomilla estaba legua y media de distancia del pueblo.

Item mas, la Palomilla se habia detenido.

El prudente jefe de sus hombres de armas, Márcos Lesmes, que con ella se habia quedado, no habia podido menos de extrañar aquellas humaredas, que para él, no eran otra cosa que una señal de alarma; porque, ¿á quién habia de ocurrírsele el entusiasmo de los vecinos del pueblo de Velilla de Valderaduey por la ilustre persona que á él se acercaba?

Era mucho mas fácil creer que los aragoneses, algo aliviados de la peste, habian avanzado algunas fuerzas hácia Valladolid, habian visto la nube de polvo que levantaban las cabalgaduras de doña Juana y de su séquito, é ignorantes de lo que pudiera ser, daban la alarma.

En esto consistia la detencion de doña Juana.

—¿Qué os parece que hagamos, Márcos? dijo no muy tranquila la Palomilla, temerosa de ser acometida. ¿Qué significa ese humo que se levanta y se repite allá y mas allá?

—¿Qué sé yo, señora, qué sé yo! contestó Márcos, que aun-

que buen soldado, estaba cuidadoso, porque no llevaba fuerzas bastantes para resistir á los aragoneses: esto me da muy mala espina; gente de guerra tenemos cerca, que al vernos hace señal: si vuesa merced me creyera, tomaríamos por este atajo que se mete por tierra algo quebrada, en donde es mas fácil la defensa, se acorta además el camino para Velilla de Valderaduey, que es el último pueblo que debemos encontrar antes de llegar á Mayorga: yo enviaré delante cuatro lanzas para que esploren y nos aseguren el camino, y así tendremos tiempo para tomar á la derecha ó á la izquierda, y escapar bien; porque el campo abierto es muy difícil que sea atajado.

—Haced, haced todo lo que sea necesario, Márcos, para que no nos suceda una desgracia.

X.

Tomaron, pues, por un atajo que empezaba á la izquierda, abandonando el camino real, de modo, que si el pueblo de Velilla de Valderaduey habia de seguir hasta encontrar á la infanta, era muy posible estuviese andando hasta llegar á las riberas del Mediterráneo, porque doña Juana se le escapaba, cruzándose por el flanco, cubierta por la accidentacion del terreno.

XI.

Y siguió y siguió la poblacion de Valderaduey sin encontrar nada, á pesar de que habiendo dejado de ver los atalayas la nube de polvo, habian cesado de hacer humaredas.

Las primeras se habian estinguido, faltas de un pábulo ya innecesario.

¿Quién sabia si aquella columna de polvo la habian levan-

tado la infanta con sus servidores, ó una hueste, ó una piara de cerdos, que ya era su tiempo, ó un rebaño de ovejas?

Siguió, sin embargo, adelante el pueblo de Velilla de Valderaduey, porque aunque habian cesado las humaredas, decia el rico hombre:

—¿A qué han de hacer mas señales, si ya han hecho las bastantes para que sepamos que la señora infanta viene? Seguidme, seguidme repitiendo la plática, alcalde, á fin de que se me quede tan bien agarrada en la memoria, que no se me escape ni una letra, cuando á la señora infanta encontremos.

XII.

Entre tanto, los corredores que habia enviado delante Márcos Lesmes, volvieron uno á uno asegurando que en la distancia que respectivamente habian recorrido, no se encontraba peligro alguno, y así, al cabo de dos horas llegó doña Juana á Velilla de Valderaduey, y ganando cerca del pueblo, el camino real, entraron por la villa, asombrándose del profundo silencio que en ella reinaba, interrumpido solo de tiempo en tiempo por el campaneó.

XIII.

—¿Pero, señor, qué es esto? dijo algun tanto azorada doña Juana: ¿en este pueblo no hay nadie? ¿por qué voltean esas campanas? ¿qué sucede aquí?

Llamó Márcos Lesmes á una puerta, y nadie le contestó.

Se fué mas allá, al otro lado de la calle, llamó á otra puerta, y respondió el mismo silencio.

Siguieron hasta la plaza donde estaba la iglesia, y encontraron la misma soledad, solo que como el vecino que repicaba,

único habitante que en el pueblo habia quedado, viese en la plaza gentes de guerra, creyó posesionado del pueblo á un enemigo, dejó de repicar, y empezó con toda su alma á tocar á rebato.

Temeroso de un peligro próximo, Márcos Lesmes tomó todas las avenidas de la plaza con sus lanzas, y doña Juana se quedó en el centro con su servidumbre, sudando mas de miedo que de calor, aunque le hacia y bueno.

Al ver el de las campanas aquel despliegue militar, apretó en el toque de rebato, y hasta tal punto, que Márcos Lesmes exclamó:

—¡Lléveme el diablo! si yo tuviera aquí un solo ballestero, á fé á fé que no tocaria mas á rebato ese pícaro. ¿Dónde diablos nos hemos metido? Apuesto á que dentro de poco nos toman presos los aragoneses. Pues no, es menester que el rebato cese; á la torre me subo, si no por fuera á falta de escala, por dentro, y sea lo que Dios quiera.

Y desmontando él, y haciendo desmontar á dos hombres de armas, se fué á la puerta de la iglesia, que estaba cerrada, pero antes creyó oportuno intimar la rendicion al campanero, y empezó á llamarle á voces.

Pero inútilmente, el estruendo que movian la campana y el esquilon, impedía que el que las tocaba oyese lo que le voceaban desde abajo.

No se atrevia tampoco á asomar la cabeza, no fuese que desde abajo le enviasen alguna jara, y tal era su miedo, que le parecia oír en el pueblo estruendo de combate y alaridos de moribundos hechos pedazos por el hierro, y apretaba en el toque.

Lo que oido desde allá, desde el campo, por la poblacion de la villa, entróles á todos pavor, y el alcalde dijo:

—¡Cuerpo de Judas, que nos han engañado! ¿qué añagaza ha sido la de esos hombres de armas que nos dijeron que venia al pueblo una infanta? De nuestra villa se han apoderado encontrándola sola, porque Cascarones no tocaria á rebato si no la viese negra.

—¡Pero qué estais diciendo, alcalde? exclamó el rico hombre;

¿cómo quereis que nos hayan engañado los honrados hombres de armas que al pueblo llegaron, si se han venido con nosotros?

—Para matarnos desarmados, en medio del camino, exclamó el alcalde iluminado súbitamente por esta siniestra idea: pues no, pardiez, que ellos son pocos y nosotros muchos, y ahora mismo vereis lo que se va á hacer.

Y disparándose el alcalde hácia el centro de aquella multitud, gritó:

—Las mujeres, las monjas, los clérigos, los chiquillos y los viejos, dentro; alrededor los hombres, piedra en mano, y á esos pícaros que nos han engañado para que nos tomen la villa, y se han salido con nosotros al campo para matarnos.

Soltada esta idea, cundió con la rapidez del rayo.

Hízose en un momento, no el cuadro, sino el círculo, y como todos los hombres de aquellos rudos tiempos de guerra y de esterinio, eran fieros como leones, especialmente los campesinos, mas espuestos á las acometidas, en un momento empezaron á llover piedras sobre Zancudo y sus ocho hombres de armas, y tan espesa y réciamente, que hubieron de repararse con sus adargas, y recejar y tomar campo, porque aquello no era una pedrea, sino una tempestad.

Gracias á las buenas armas que llevaban, y á que ninguno de los caballos habia recibido una contusion grave, pudieron ponerse fuera del alcance de la pedrea y agruparse y conferenciar sobre aquello.

—¡Pero están locos esos brutos? exclamó Zancudo mirando á la villa que aparecia en un peloton, sobre el cual descollaba el guion de la parroquia: ¿por qué nos apedrean de esta manera?

—Y quién sabe, señor alférez, dijo uno de los soldados: la verdad es que á mí me han metido en la adarga una lágrima de San Pedro, que me la han hecho un bollo como el puño, y me han hecho ver estrellas del dolor que me ha dado en el brazo, y si me permitís que os dé un consejo, os le daré.

—¿Y cuál?

—Que volvamos cara á ellos, y contra ellos cerremos con las lanzas bajas, á ver lo que de esa gente queda.

—Vos decís eso por lo que os duele, Pelaez, pero á mí, que no me duele nada, no me parece bien ese consejo: lo que vamos á hacer es dejarlos que recobren el juicio como puedan, y largarnos á la villa, á ver lo que en la villa sucede, porque están tocando á rebato, y ya que enristremos las lanzas y cerremos, mas honroso será que lo hagamos contra enemigos que puedan resistirnos, que contra esa multitud que no tiene mas armas que piedras; con que, ¡sús! conmigo, y á media rienda á la villa.

Y picando al caballo, seguido de las ocho lanzas, tomó la vuelta de la villa, creyendo que antes de llegar á ella tendria que habérselas con los aragoneses.

XIV.

—¡A ellos! ¡á ellos, que huyen y son pocos! gritaron los hombres del lado por donde huían, ó mejor dicho, corrían Zancudo y sus hombres de armas.

Y se dispararon á la carrera, deteniéndose de tiempo en tiempo para lanzar una nube de piedras que no alcanzaban á los que corrían.

La confusion era indecible, las monjas y las mujeres se habian diseminado por el campo.

El sacristan, con el guion, el cura y el beneficiado, andaban de acá para allá, con el aturdimiento del miedo, que no les dejaba tomar una direccion fija.

Los hombres seguían inútilmente el alcance de los hombres de armas.

El alcalde y el rico hombre voceaban desesperados, queriendo recoger aquel rebaño en dispersion.

Todo era trastorno, embrollo, y no saber qué hacerse.

Al fin se perdieron á lo lejos los que corrían.

Los hombres fuertes de la villa, convencidos por último de la inutilidad de su seguimiento, se volvieron.

Recogióse, en fin, á las mujeres y á los tímidos, y se confirió en pleno sobre lo que debia hacerse.

XV.

El toque de rebato seguía cada vez mas apresurado, como que el campanero, que no habia oido las voces, oía los fuertes golpes que con las potentes mazas descargaban sobre la ferrada puerta de la iglesia Márcos Lesmes y los dos hombres de armas que le ayudaban.

La puerta resistía y daba muestras de resistir por mucho tiempo, porque, como hemos indicado, estaba forrada de láminas de hierro.

Esto se comprende: la única fortaleza que tenia la villa contra una invasion, ya de aventureros ó bandidos, ya de una hueste enemiga, era la iglesia, de piedra toda, y fuertemente chapada la puerta.

Gracias á esto, la resistencia de la puerta dió tiempo á que llegase Melchor Zancudo y se entrase por la plaza.

Entonces se esplicó todo.

Melchor Zancudo dijo á doña Juana:

—La villa se alborozó cuando supo que llegaba vuesa merced, y quiso obsequiarla saliendo á recibirla, y para salir á tiempo, se determinó que fuesen delante hombres que, en divisando el acompañamiento de vuesa merced, hicieran señal con humaredas.

—¡Cuerpo de Barrabás! exclamó Márcos Lesmes; y yo que ví estas humaredas, y no sabia por qué las hacían, creí que de los aragoneses eran, y tomando con mi señora por un atajo, nos vinimos á la villa.

—Pues ya se sabe lo que esto es, dijo Zancudo: como en la villa no quedó ni perro ni gato que no saliese á recibir á vuesa merced, ni mas que el que repicaba las campanas, este, al ver

hombres de armas, ha creído que se entraban enemigos por la villa, y ha tocado á rebato; oído el cual por los vecinos que iban á recibir á vuesa merced, creyeron que yo los habia engañado, y se volvieron contra nosotros á pedradas, haciéndonos correr mas que á paso: porque, ¿quién que tenga alma atropella á lanzadas á una multitud indefensa? eso no lo hace mas que un cobarde de mala sangre, y gracias á Dios, yo no soy de esos.

XVI.

Pasado el susto, echóse á reir á todo su talante la Palomilla, y riéronse todos; pero era necesario acabara aquella situación, haciendo que el campanero dejase de tocar á rebato, porque claro era que mientras aquel toque sonase, los vecinos no habian de atreverse á volver á la villa, creyéndola ocupada por enemigos.

Pero todo fué inútil: ó el campanero cubria las voces de los de abajo, ó si el campanero lo oia, no se fiaba, y seguia tocando con mas fuerza.

—Y bien, dijo doña Juana; dejémoslos con su locura: ¿cuánto falta de aquí á Mayorga, Melchor?

—Una legua y un poco más, contestó el alférez.

—Pues en marcha, amigos míos, en marcha, y á Mayorga: id vos delante, Melchor, para ver si está seguro el camino.

Poco despues, todos estaban fuera de Velilla de Valderaduey; se habia agitado la funcion, el discurso era ya inútil, quedóse tendida la juncia por la calle Real, y sin objeto los verdes arcos de triunfo.

El de las campanas continuaba tocando á rebato.

Los del pueblo, que no se atrevian á volver á él, tomaron á buen discurso marcharse á Villavicencio de los Caballeros, villa situada fuera del camino, como á media legua de Velilla de Valderaduey.

XVII.

En Villavicencio habian visto las humaredas, acerca de cuyo motivo no tenian antecedente alguno, y habian oído y seguian oyendo el desesperado toque de rebato.

Supusieron, como era natural, que de Mayorga se hubiesen corrido hácia aquella parte fuerzas enemigas, y por lo que pudiera sobrevenir, se pusieron en armas.

Ahora bien: en Villavicencio habia mas poblacion: el rico hombre era mas rico que el de Velilla, y tenia algunos hombres de armas.

Hízoles cabalgar, salieron á las afueras del pueblo armados de viejas ballestas los vecinos, tomaron los altos y se pusieron en defensa, cuando hé aquí que por una quebrada del terreno ven asomar un guion de iglesia y luego una turba macilenta, despeada, que se acercaba toda triste y con paso lento.

Destacóse Matías Gil de Sansueña, que así se llamaba el rico hombre de Villavicencio, con cuatro de sus rocines, y encontróse con que lo que se acercaba no era otra cosa que la poblacion entera de Velilla de Valderaduey, sin faltar ni siquiera las monjas.

Maravillóle esto, enteróse, dióle un poco de pavor de que un pueblo vecino estuviese ocupado por el enemigo como se suponía, acogió en su villa á los de Velilla de Valderaduey, armó á los hombres como pudo con armas enastadas en palos los unos, hondas los otros, espadas algunos y ballestas pocos, y allá, á la caída de la tarde, con un ejército de ciento cincuenta hombres, armados como Dios queria, empezó á acercarse, no sin miedo, á Velilla de Valderaduey, en la cual ya no se oia nada, porque como el campanero, que se atrevió á mirar á la plaza, vió que nadie habia en ella, que reinaba un profundísimo silencio y que habian cesado las humaredas, lo dió por terminado todo, y cansado de tocar á rebato, echóse á reposar un poco en la misma

torre, y entróle un sueño, que ni el de los siete durmientes, por cuya razon todo quedó en un silencio profundísimo.

XVIII.

Era ya cerrada la noche cuando el ejército aliado llegaba á las tapias de los corrales de la villa de Velilla de Valderaduey.

Hay que advertir, que el clérigo, las mujeres, los viejos y los niños de esta villa, por lo que pudiera acontecer, se habian quedado en Villavicencio de los Caballeros, y que solo avanzaban hácia el lugar pavorosos los hombres buenos y los honrados vecinos de ambas poblaciones.

Tomáronse cuantas medidas de precaucion deben tomarse en tales casos.

Entróse por varios puntos de la villa con las armas preparadas, y al fin todos los entrantes confluyeron en la plaza sin haber encontrado á nadie.

Miráronse unos á otros los vecinos, no sabiendo como esplicarse aquello.

Vieron que sus casas estaban cerradas, sin señal alguna de que nadie hubiese entrado en ellas.

Al fin, el alcalde, con una voz prodigiosamente estentórea, gritó desde la plaza:

—¡Cascarones! ¡Cascarones! ¿estás tú ahí, hijo?

Cascarones, como sabemos, era el hombre á quien habian dejado en la torre de la iglesia para poner en movimiento las campanas.

Cascarones dormia aún; pero tan poderosa era la voz del alcalde, que le despertó.

Reconocióla, y asomándose al arco de la campana, dijo:

—¡Qué! ¿se han ido ya, señor alcalde?

—Sí, hombre, sí, contestó este; baja, abre la iglesia y cuéntanos lo que ha sucedido; no tengas miedo, que aquí estamos todos con los de Villavicencio.

XIX.

Seis minutos despues, el campanero estaba delante del alcalde.

—¿Por qué has tocado á rebato? dijo este.

—Porque aquí se nos ha metido el infierno, contestó Cascarones, y no hay que decirme que no, que todavía me están zumbando en los oídos los venablos; me parece que oigo el estruendo de la pelea y el son de los clarines y el alarido de los que caian, el relinchar de los caballos y el crujir de las armas, como que esto ha sido la fin del mundo.

—Pero, señor, exclamó el rico hombre de Velilla: ¿cómo puede ser eso, si no hay en el pueblo un solo difunto, ni un solo herido, ni se ve por el suelo una gota de sangre?

—¿Y cómo quereis ver nada de eso, contestó Cascarones, si está oscuro?

—Tambien es verdad, dijo el alcalde; sabe Dios la carnicería que habrá quedado por esas calles: con que á buscar luces, si es que los vecinos, como yo he mandado, se han traído las llaves de sus casas.

Poco despues, no se veian mas que luces aquí y allá por el pueblo, pero inutilmente se buscó ninguna señal del combate.

Esto no obstante, nadie pudo convencer á los vecinos de Velilla de Valderaduey de que no habian sido víctimas de una traicion y de que no se habia dado dentro de las tapias de su villa una récia y crudísima batalla, no se sabia por quién.